

N.º
49

Reseña 2

Teoría y Praxis

Editorial Universidad Don Bosco - El Salvador

Vol. 24, N.º 49 septiembre-febrero 2026 pp. 183-195

ISSN 1994-733X

e-ISSN 2707-7411

ISNI 0000-0000-8755-6191

Gabriel, Markus. Por qué el mundo no existe. Barcelona: Pasado & Presente, 2024, 256 pp. ISBN 978-84-943392-7-1.

From the Tower of Babel to Jerusalem: Idolatry, Ideologization, and Deformation in a Zubirian Hermeneutics of Magnifica Humanitas

<https://doi.org/10.61604/typ.v25i49.600>

<https://hdl.handle.net/11715/2941>

Ramón Obdulio Lara Palma¹

Universidad Don Bosco

El Salvador.

Correo electrónico: ramon.lara@udb.edu.sv



ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8070-9236>

Recibido: 20 noviembre 2025

Aceptado: : 10 de febrero 2026

¹ Doctor en Teología Dogmática por la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) y docente-investigador de la Universidad Don Bosco.

Lara Palma, R. (2026). [Reseña del libro *Por qué el mundo no existe*, de M. Gabriel]. *Teoría y Praxis*, 24(49), 183–195. <https://doi.org/10.61604/typ.v25i49.600>



Los artículos de la Revista Teoría y Praxis de la Universidad Don Bosco, El Salvador, se publican bajo los términos de la Licencia Creative Commons: Reconocimiento, No Comercial, Compartir Igual 4.0

Markus Gabriel (Renania-Palatinado, Alemania, 1980), también llamado *l'enfant terrible*, es un filósofo alemán especializado en epistemología, filosofía de la mente, metafísica y filosofía contemporánea. Estudió en las universidades de Bonn y Heidelberg. Ocupa la cátedra de Epistemología, Filosofía Moderna y Contemporánea desde 2009 en la Universidad de Bonn, donde también dirige el Centro Internacional de Filosofía.

Gabriel es uno de los principales representantes del llamado *Nuevo Realismo*, corriente filosófica que busca superar tanto el relativismo y el constructivismo posmodernos así como el reduccionismo naturalista. Su pensamiento sostiene que existen múltiples ámbitos o “campos de sentido”, pero niega que exista un único ámbito que pueda contener y explicar la totalidad de lo real. Esta tesis constituye el punto de partida de *Por qué el mundo no existe* (*Warum es die Welt nicht gibt*), que es una obra de filosofía de carácter divulgativo.

¿Por qué el mundo no existe?

El punto de partida de Gabriel es la ambigüedad del concepto “mundo”. Cuando hablamos del mundo podemos referirnos al planeta Tierra, a la humanidad, al universo físico, a la totalidad de los acontecimientos o, de manera más radical, a todo aquello que existe. Precisamente esta última acepción constituye el problema filosófico.

Si el mundo fuese la totalidad de todos los objetos y hechos existentes, tendría que contenerlo absolutamente todo. Pero entonces surge una dificultad: ¿cómo puede ser el mundo mismo un objeto existente dentro de la totalidad que pretende abarcar? Si forma parte de ella, no puede ser simplemente la totalidad; y si está fuera de ella, entonces ya no sería la totalidad absoluta.

Gabriel sostiene por ello que el mundo no debe concebirse como un “superobjeto”. Lo que existe son múltiples ámbitos objetuales. Estos ámbitos pueden relacionarse y superponerse, pero no se integran en una totalidad única denominada “el mundo”.

Aquí aparece el concepto decisivo de *campo de sentido*. Gabriel lo entiende como una estructura ontológica básica en la que algo puede aparecer. La existencia no consiste, por tanto, en encontrarse simplemente dentro de un contenedor universal, sino en aparecer en un determinado campo de sentido (Gabriel, 2024, pp. 58-59).

Esta concepción permite formular una de las tesis más importantes del libro: no hay objetos o hechos fuera de los campos de sentido.

Algo existe en cuanto aparece en un determinado ámbito de sentido, aunque esto no significa que dependa de que un sujeto particular lo esté percibiendo. La existencia de un objeto no se reduce a su aparición en la conciencia humana.

Gabriel puede afirmar así que existen infinitos mundos o ámbitos de existencia que se relacionan parcialmente, pero que no constituyen una totalidad cerrada (Gabriel, 2024, p. 73). En definitiva, pensar en “un mundo” se puede pero sólo dentro de los límites del “pensamiento fractal”. La realidad es, por tanto, plural sin ser necesariamente subjetiva. Esta distinción constituye la clave para comprender el proyecto filosófico del autor.

Crítica al naturalismo, al monismo y al materialismo

Una vez establecida la pluralidad de los campos de sentido, Gabriel dirige su crítica contra las concepciones que identifican la realidad con la naturaleza física o con el universo entendido como totalidad material.

El *naturalismo* sostiene, en términos generales, que la naturaleza constituye el ámbito fundamental de lo real y que, en última instancia, todo aquello que existe debe poder ser explicado en términos naturales. Cuando esta posición se radicaliza, puede conducir al fisicalismo, según el cual la realidad fundamental es aquello que puede ser descrito mediante las ciencias físicas.

Gabriel cuestiona esta reducción porque deja fuera dimensiones enteras de la realidad humana. Una institución política como el Estado, por ejemplo, no es una entidad física comparable con una molécula. Sin embargo, sería absurdo concluir que el Estado no existe. Existe en un ámbito objetual diferente.

La misma cuestión puede plantearse respecto de la literatura, el derecho, la historia, la moral, la conciencia o el arte. Una descripción físico-química puede ser perfectamente válida en su campo de aplicación y, sin embargo, resultar insuficiente para explicar el sentido histórico, artístico o social de un determinado fenómeno.

El problema, por tanto, no está en la ciencia sino en el *cientificismo*: la transformación de la ciencia en una concepción metafísica que pretende determinar por sí sola qué existe y qué no existe. Gabriel considera que la ciencia posee una extraordinaria capacidad explicativa dentro de los campos en los que sus métodos resultan pertinentes, pero rechaza que pueda convertirse en una explicación exhaustiva de la realidad.

En este sentido, resulta particularmente relevante su crítica a la concepción del universo como “superobjeto”. Si se identifica el mundo con el universo físico y se considera que fuera de este no hay nada, todas las realidades no reducibles a la física terminan siendo consideradas secundarias o ilusorias. Gabriel considera que esta posición produce una forma de *monismo* materialista incompatible con la pluralidad de lo real (Gabriel, 2024, pp. 119-123).

La crítica resulta especialmente significativa porque no pretende desacreditar las ciencias naturales. Gabriel defiende, más bien, la necesidad de reconocer sus límites epistemológicos y ontológicos. Las ciencias explican aquello que pueden explicar desde sus propios métodos; el error aparece cuando sus categorías se convierten en el criterio universal de existencia.

Nuevo realismo frente al nominalismo y al constructivismo

La propuesta de Gabriel tampoco puede confundirse con un idealismo subjetivista. El hecho de que las cosas aparezcan en diferentes campos de sentido no significa que sean producidas por la conciencia individual.

Aquí entra en discusión el *nominalismo*, entendido por Gabriel como la posición según la cual nuestras categorías y conceptos no representan estructuras reales de las cosas, sino que son generalizaciones humanas que utilizamos para organizar nuestra experiencia. En su versión radical, los conceptos serían simplemente nombres que utilizamos por razones prácticas.

Frente a esto, Gabriel sostiene que nuestro conocimiento puede alcanzar las cosas mismas. El nuevo realismo afirma que el conocimiento verdadero no es simplemente conocimiento de representaciones mentales, sino conocimiento de cosas o hechos reales (Gabriel, 2024, pp. 123-130).

Esta posición constituye uno de los aportes más interesantes del libro. Gabriel intenta superar la alternativa entre un realismo ingenuo — que supondría una correspondencia inmediata y transparente entre pensamiento y realidad — y un *constructivismo* radical — que convertiría la realidad en producto de nuestras categorías.

El autor rechaza particularmente la idea de que todo sea construido. Si absolutamente todo fuese una construcción, también tendría que ser construida la afirmación “todo es construido”. Pero entonces con esta afirmación caeríamos en un *relativismo*: todo es relativo a

un constructor. El argumento conduce a la necesidad de admitir determinados hechos no contruidos que funcionan como referencia de nuestras interpretaciones (Gabriel, 2024, pp. 140-141).

La afirmación de que “no podemos engañar a la facticidad” expresa precisamente esta convicción. Existe una dimensión de realidad que resiste nuestras construcciones, interpretaciones y deseos. El nuevo realismo pretende recuperar así una noción de verdad objetiva sin regresar a una concepción ingenua de la correspondencia entre pensamiento y mundo.

Ciencia, hermenéutica y pluralidad de caminos hacia la verdad

La crítica al cientificismo lleva a Gabriel a plantear una cuestión epistemológica fundamental: ¿existe un único camino metodológico hacia la verdad?

Su respuesta es negativa. La ciencia constituye una forma extraordinariamente eficaz de conocimiento, pero no todos los ámbitos de la realidad pueden abordarse mediante hipótesis, experimentación y verificación empírica. Aplicar indiscriminadamente el método de las ciencias naturales al arte, la historia, la filosofía o la experiencia humana sería confundir los campos de sentido.

Gabriel sostiene, en este contexto, que la concepción científica del mundo se vuelve problemática cuando identifica racionalidad con experimentación y formulación de hipótesis. Tales procedimientos son pertinentes allí donde tienen sentido, pero no constituyen el único modelo de racionalidad (Gabriel, 2024, p. 146).

Esta afirmación abre un espacio para la hermenéutica. Comprender una obra de arte, una acción humana o un acontecimiento histórico exige procedimientos distintos de los empleados para estudiar una molécula o un eclipse. No se trata de declarar, por ejemplo, que la ciencia y las humanidades persiguen verdades incompatibles, sino de reconocer que la realidad posee diferentes dimensiones y que estas requieren métodos apropiados.

La reflexión sobre el arte constituye una prolongación especialmente fecunda de esta tesis. Para Gabriel, el arte no debe reducirse a entretenimiento ni a simple imitación de la realidad. Su función consiste en hacer aparecer la realidad bajo una luz diferente, revelando sentidos que permanecían ocultos en la experiencia cotidiana.

Una obra artística puede presentar una realidad ficticia que produzca una comprensión verdadera de la existencia. La literatura, la pintura, la música, el teatro y el cine abren campos de sentido que no pueden ser evaluados adecuadamente desde las categorías exclusivas de la ciencia natural. El arte, por ello, posee una función hermenéutica fundamental: nos permite experimentar la pluralidad y la profundidad del sentido (Gabriel, 2024, pp. 182-189).

Esta perspectiva encuentra un punto de contacto fecundo con la hermenéutica filosófica de Hans-Georg Gadamer, para quien la experiencia artística constituye uno de los ámbitos privilegiados en los que se manifiesta la verdad que no puede reducirse al método científico (Gadamer, 2004).

Religión, conciencia y trascendencia.

La reflexión de Gabriel adquiere particular interés cuando aborda la religión. En lugar de reducirla inmediatamente a una ilusión o a un fenómeno explicable exclusivamente mediante la biología o la neurología, el autor la considera una dimensión constitutiva de la existencia humana.

La religión aparece relacionada con la autoconciencia, la búsqueda de sentido y la capacidad humana de trascenderse. Gabriel cuestiona la tendencia a explicar la conciencia simplemente como un estado situado dentro del cerebro. Aunque reconoce la importancia de las explicaciones neurocientíficas, considera que estas no agotan la cuestión de qué significa ser consciente y relacionarse consigo mismo.

La persona humana se caracteriza por su capacidad de establecer una relación consigo misma. Esta autorrelación hace posible la pregunta por la identidad, el sentido y el destino. En este punto Gabriel dialoga especialmente con Søren Kierkegaard (2008) y su análisis de la desesperación como una forma problemática de relación del ser humano consigo mismo.

La identidad personal tampoco se constituye de manera aislada. El ser humano llega a comprender quién es a través de su relación con los otros. En este aspecto, la reflexión de Gabriel puede ponerse en diálogo con perspectivas de Paul Ricoeur (2006) y Emmanuel Levinas (2002), para quienes la identidad y la alteridad mantienen una relación constitutiva.

La religión aparece entonces como una forma de búsqueda de sentido y como una posibilidad de regresar a sí mismo desde la apertura a una

realidad que supera al individuo. Gabriel interpreta la trascendencia desde esta perspectiva antropológica y existencial (Gabriel, 2024, pp. 166-175).

Su interpretación de Dios resulta, sin embargo, particularmente discutible desde una perspectiva teológica. Gabriel sostiene que Dios no debe ser concebido simplemente como un gobernante cósmico situado fuera del universo. Si no existe una totalidad denominada “mundo”, tampoco puede existir un gobernante de esa totalidad en el sentido tradicional de la imagen criticada por el autor (Gabriel, 2024, pp. 174-178).

Aquí surge una cuestión crítica importante. La reducción de Dios a un determinado campo de sentido permite reconocer la dimensión religiosa de la existencia humana, pero puede resultar insuficiente para las tradiciones monoteístas. En el cristianismo, por ejemplo, Dios no es solamente un significado producido o experimentado por el sujeto religioso, sino una realidad trascendente que fundamenta la existencia misma y que puede ser conocida, aunque nunca agotada, por el ser humano.

Por ello, la interpretación religiosa de Gabriel resulta filosóficamente estimulante, pero deja abierta la pregunta por la capacidad de su ontología de los campos de sentido para hacer justicia a la exigencia ontológica propia de la fe religiosa.

Arte, perspectiva y sentido.

El análisis del arte permite a Gabriel profundizar en el problema de la pluralidad de perspectivas. No existen únicamente infinitas cosas, sino también múltiples perspectivas desde las cuales esas cosas pueden ser contempladas.

Sin embargo, Gabriel no afirma que todas las perspectivas sean igualmente válidas. Una perspectiva puede ser inadecuada si sitúa un objeto en un campo de sentido que no le corresponde. Por ello, el reconocimiento de la pluralidad no equivale automáticamente a relativismo.

Este punto resulta fundamental para valorar críticamente la obra. Gabriel pretende sostener simultáneamente que existen múltiples campos de sentido y que existen criterios objetivos para distinguir entre perspectivas verdaderas y falsas.

La dificultad consiste en determinar con precisión cuáles son esos criterios y cómo se articulan entre sí los diferentes campos de sentido. Esta cuestión puede suscitar el riesgo de un relativismo ontologizado, pero no permite afirmar sin más que Gabriel sea relativista. Al contrario, una parte importante de su argumentación está dirigida precisamente contra el relativismo y el constructivismo radical.

La cuestión crítica más precisa sería, entonces, la siguiente: ¿hasta qué punto una ontología radicalmente plural de campos de sentido puede mantener una referencia objetiva común sin reconstruir, por otra vía, aquella totalidad que Gabriel denomina “mundo” y cuya existencia rechaza?

Esta pregunta constituye uno de los principales desafíos filosóficos que deja abierta la propuesta. Pero todavía queda por vincular esta propuesta del nuevo realismo del pensador alemán con la realidad virtual que es alimentada por la IA en la nueva cultura digital.

El nuevo realismo ante la realidad virtual y la cultura digital.

La actualidad filosófica de *Por qué el mundo no existe* adquiere especial relevancia ante la emergencia de la cultura digital, la realidad virtual y la expansión de la inteligencia artificial. Aunque la obra precede a la actual explosión de los sistemas generativos, su pregunta fundamental —¿qué significa existir y qué significa conocer la realidad?— cobra nueva fuerza en un contexto donde las fronteras entre lo real, lo virtual, lo simulado y lo generado artificialmente se vuelven cada vez más complejas.

La ontología de los campos de sentido ofrece una perspectiva fecunda para abordar esta transformación. Si existir significa aparecer en un campo de sentido, las realidades digitales plantean la cuestión de si los objetos, acontecimientos y relaciones que emergen en ellas son simples representaciones o poseen modalidades propias de existencia.

Una cuenta digital, un avatar, una comunidad virtual o una imagen generada por IA no son ontológicamente equivalentes a una persona, un objeto físico o un acontecimiento histórico; sin embargo, tampoco pueden considerarse simplemente inexistentes, pues producen efectos y establecen relaciones reales en determinados campos de sentido.

Esta perspectiva permite evitar dos extremos: considerar todo lo digital como irreal o sostener que lo virtual y lo físico son ontológicamente indistinguibles. El desafío consiste en determinar qué tipo de existencia corresponde a cada realidad digital y cuáles son los criterios que permiten diferenciarla de una ficción o simulación.

La inteligencia artificial generativa agudiza considerablemente esta problemática. Los sistemas actuales pueden producir textos, imágenes, voces y vídeos que no corresponden necesariamente a ningún acontecimiento real. Surge así una cuestión central para el nuevo realismo: ¿cómo distinguir aquello que aparece de aquello que efectivamente acontece? Una imagen generada artificialmente puede representar una realidad existente, construir una ficción o combinar elementos inexistentes. El problema aparece cuando se presenta como evidencia de un hecho real. En ese caso, la cuestión es simultáneamente ontológica, epistemológica y ética.

Aquí adquiere especial importancia la defensa gabrieliana de los hechos no contruidos. La capacidad técnica de producir una representación no equivale a producir el acontecimiento representado. Una imagen sintética de una persona, por ejemplo, no constituye evidencia de que esta haya realizado aquello que la imagen muestra. Por ello, la cultura de la IA hace urgente distinguir entre pluralidad ontológica y relativismo epistemológico: pueden existir múltiples campos de experiencia y representación sin que todas las afirmaciones sean igualmente verdaderas.

La inteligencia artificial introduce además una nueva mediación: lo que podemos llamar campo de sentido algorítmico. Los algoritmos no solo seleccionan y ordenan información, sino que cada vez más generan aquello que aparece ante nosotros. La pregunta filosófica ya no es únicamente «¿qué existe?», sino también «¿qué aparece ante nosotros, bajo qué condiciones y a través de qué mediaciones?».

En consecuencia, la cultura digital constituye no sólo un ámbito de aplicación del nuevo realismo, sino también una prueba crítica de su capacidad explicativa. La proliferación de representaciones obliga a profundizar las distinciones entre existencia, apariencia, simulación, representación y verdad. Cuanto más se multiplican los campos digitales de sentido, más urgente resulta conservar criterios para discernir la realidad. De ahí que Gabriel se haya involucrado en el proyecto sobre "Digitalización deseable" (*Desirable Digitalization*), enfocado en crear marcos éticos para la inteligencia artificial y las tecnologías emergentes.

La pregunta de Gabriel adquiere así una formulación contemporánea: ¿cómo permanecer vinculados con la realidad cuando nuestra experiencia de ella está cada vez más mediada por algoritmos, representaciones y simulaciones? El desafío consiste en desarrollar una nueva alfabetización ontológica, epistemológica y ética, capaz de

reconocer los diferentes modos de existencia sin disolver la realidad en una multiplicidad ilimitada de representaciones.

Valoración crítica.

El principal mérito de *Por qué el mundo no existe* consiste en recuperar la pregunta por la realidad en un contexto intelectual marcado simultáneamente por el cientificismo y el relativismo. Gabriel rechaza tanto la reducción de todo lo real a la naturaleza física como la idea de que toda realidad sea una construcción subjetiva o cultural.

La noción de campo de sentido constituye su herramienta conceptual más original y fecunda. Gracias a ella puede defender que existen realidades diferentes —una persona, una institución política, una obra de arte, un hecho histórico o una experiencia religiosa— sin reducirlas a una única modalidad de existencia.

Otro mérito significativo es la capacidad comunicativa del autor. Gabriel utiliza ejemplos de la cultura popular y de la vida cotidiana para introducir problemas ontológicos complejos, haciendo accesibles debates que tradicionalmente han quedado restringidos a la filosofía académica. La propia presentación editorial destaca esta capacidad de combinar problemas filosóficos con ejemplos procedentes de la cultura popular.

No obstante, la propuesta presenta dificultades. La primera se refiere a la amplitud del concepto de campo de sentido. Si cualquier ámbito en el que algo aparece puede constituirse como campo de sentido, es necesario establecer criterios más precisos para distinguir entre una estructura ontológica, una interpretación subjetiva y una construcción cultural.

La segunda dificultad afecta a la relación entre pluralidad y unidad. La negación del mundo como totalidad absoluta es intelectualmente sugerente, pero plantea el desafío de explicar cómo se relacionan entre sí los infinitos campos de sentido sin que la realidad termine fragmentándose en una multiplicidad de ámbitos inconexos.

La tercera dificultad concierne a la religión. La descripción de la experiencia religiosa como búsqueda de sentido constituye una interpretación filosóficamente valiosa, pero puede ser cuestionada por las tradiciones teológicas que afirman una realidad trascendente independiente de la conciencia religiosa.

Finalmente, la propuesta suscita la cuestión del perspectivismo. Gabriel quiere evitar el relativismo, pero su ontología plural exige explicar con mayor precisión cómo se fundamentan los criterios objetivos que permiten distinguir entre perspectivas verdaderas y falsas.

Estas dificultades no disminuyen el valor de la obra. Al contrario, muestran que Gabriel consigue provocar una discusión filosófica genuina acerca de los fundamentos de nuestra comprensión de la realidad.

La actualidad de *Por qué el mundo no existe* se encuentra en la pregunta por los límites de nuestras explicaciones de la realidad. En una época marcada por el extraordinario desarrollo de las neurociencias, la inteligencia artificial, la física contemporánea y las tecnologías digitales, la advertencia de Gabriel contra la reducción de toda realidad a una sola modalidad de explicación conserva una especial pertinencia.

La obra también resulta particularmente relevante para las Ciencias y Humanidades porque cuestiona la pretensión de establecer una jerarquía epistemológica absoluta entre las diferentes formas de conocimiento. La ciencia posee una capacidad explicativa extraordinaria, pero la historia, la filosofía, el arte, la literatura, la ética y la religión abordan dimensiones de la realidad que requieren otros modos de comprensión.

En este sentido, la obra ofrece un punto de partida fecundo para pensar la interdisciplinariedad. No se trata de mezclar indiscriminadamente los métodos, sino de reconocer que diferentes ámbitos de la realidad requieren diferentes formas de racionalidad.

Su crítica al relativismo posee igualmente una particular actualidad. El reconocimiento de la pluralidad de perspectivas no tiene que conducir necesariamente a la afirmación de que todas las perspectivas son igualmente verdaderas. La tarea intelectual consiste en reconocer la diversidad sin renunciar a la posibilidad de la verdad.

Conclusión

Por qué el mundo no existe es una obra provocadora y filosóficamente estimulante que invita a reconsiderar uno de los conceptos más habituales y, al mismo tiempo, más problemáticos de nuestra experiencia: el concepto de mundo.

La afirmación de que “el mundo no existe” no conduce al nihilismo. Gabriel pretende mostrar, precisamente, que negar la existencia

del mundo como totalidad absoluta permite afirmar con mayor rigor la existencia de una pluralidad de realidades. Las cosas existen en campos de sentido y pueden aparecer desde diferentes perspectivas sin convertirse por ello en meras construcciones subjetivas.

El proyecto del nuevo realismo busca así mantener una difícil tensión: defender la objetividad de la realidad sin reducirla a una única descripción científica y reconocer la pluralidad de perspectivas sin caer necesariamente en el relativismo. En esa tensión reside tanto la originalidad como el principal desafío de la propuesta.

La obra ofrece también una crítica pertinente al cientificismo. La ciencia no constituye el problema; el problema surge cuando se transforma en una metafísica totalizante que pretende decidir qué existe y qué no existe en todos los ámbitos de la realidad. Del mismo modo, Gabriel muestra que el arte, la religión y la experiencia humana poseen campos de sentido que no pueden ser adecuadamente interpretados mediante una reducción fisicalista.

Su concepción de la religión resulta especialmente sugerente, aunque también discutible desde una perspectiva teológica. La interpretación de Dios como realidad que aparece en un campo de sentido religioso reconoce la legitimidad de la pregunta religiosa, pero deja abierta la cuestión de si la ontología propuesta puede dar cuenta de la afirmación de un Dios trascendente que no depende de la experiencia humana para existir.

En definitiva, el principal valor de la obra reside en que obliga a formular nuevamente preguntas que el pensamiento contemporáneo corre el riesgo de dar por resueltas: ¿qué significa existir?, ¿qué significa conocer?, ¿qué relación existe entre realidad y sentido?, ¿puede la ciencia explicar toda la realidad?, ¿qué lugar ocupan el arte y la religión en nuestro acceso a lo real?, ¿cómo es posible defender la verdad en medio de la pluralidad de perspectivas?, y ¿qué tipo de existencia corresponde a la realidad digital, o en qué campo de sentido aparece y cuáles son las condiciones que permiten distinguirla de una mera ficción o simulación?

Gabriel no ofrece una respuesta definitiva a todas estas cuestiones, pero su filosofía proporciona categorías sugerentes para abordarlas. La inexistencia del “mundo” no significa, paradójicamente, que exista menos realidad, sino que obliga a reconocer una realidad mucho más plural, compleja y rica de lo que permite una concepción unitaria y reductiva. La existencia aparece entonces como una multiplicidad de

campos de sentido en los que las cosas, los hechos y las personas se manifiestan.

Desde esta perspectiva, Por qué el mundo no existe puede recomendarse como una lectura especialmente pertinente para estudiantes e investigadores de filosofía, ciencias sociales, humanidades, teología y ciencias de la religión. Su principal contribución consiste en recordar que la realidad no puede ser agotada por una sola perspectiva y que, al mismo tiempo, la pluralidad de perspectivas no nos dispensa de la búsqueda de la verdad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gabriel, M. (2024). *Por qué el mundo no existe* (J. M. Madariaga, Trad.). Pasado & Presente.
- Gadamer, H.-G. (1999). *Verdad y Método I* (Ana A. Aparicio y Rafael de Agapito, Trads.). Sígueme. (original publicado en 1960).
- Kierkegaard, S. (2008). *La enfermedad mortal*. Trotta. (original publicado en 1849).
- Levinas, E. (2002). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad* (D. E. Guillot, Trad.). Sígueme. (original publicado en 1961).
- Ricoeur, P. (2006). *Sí mismo como otro* (A. Neira, Trad.). Siglo XXI. (original publicado en 1990).